SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Mensaje

LXXXV JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES 2011

«Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20,21)

23 de octubre de 2011

Con ocasión del Jubileo del año 2000, el venerable Juan Pablo II, al comienzo de un nuevo milenio de la era cristiana, reafirmó con fuerza la necesidad de renovar el compromiso de llevar a todos el anuncio del Evangelio «*con el mismo entusiasmo que los cristianos de los primeros tiempos*» (*Novo millennio ineunte*, 58). Es el servicio más valioso que la Iglesia puede prestar a la humanidad y a toda persona que busca las razones más profundas para vivir en plenitud su existencia. Por ello, esa misma invitación resuena cada año en la celebración de la Jornada Mundial de las Misiones. En efecto, el incesante anuncio del Evangelio vivifica también a la Iglesia, su fervor, su espíritu apostólico; renueva sus métodos pastorales para que sean cada vez más apropiados ante las nuevas situaciones —también las que requieren una nueva evangelización— y estén animados por el impulso misionero: «*La misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola! La nueva evangelización de los pueblos cristianos hallará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal*» (Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 2).

Id y anunciad

por corrientes de pensamiento y por el relativismo imperante, un cambio que lleva a una mentalidad y a un estilo de vida que prescinden del mensaje evangélico, como si Dios no existiese, y que exaltan la búsqueda del bienestar, de la ganancia fácil, de la carrera y del éxito como objetivo de la vida, incluso a costa de los valores morales.

Corresponsabilidad de todos

La misión universal implica a todos, todo y siempre. El Evangelio no es un bien exclusivo de quien lo ha recibido; es un don que se debe compartir, una buena noticia que es preciso comunicar. Y este don-compromiso está confiado no solo a algunos, sino a todos los bautizados, los cuales son «*linaje elegido, nación santa, pueblo adquirido por Dios*» (1P 2,9), para que proclame sus grandes maravillas.

En ello están implicadas también todas las actividades. La atención y la cooperación en la obra evangelizadora de la Iglesia en el mundo no pueden limitarse a algunos momentos y ocasiones particulares, y tampoco pueden considerarse como una de las numerosas actividades pastorales: la dimensión misionera de la Iglesia es esencial y, por tanto, debe tenerse siempre presente. Es importante que tanto los bautizados de forma individual como las comunidades eclesiales se interesen en la misión no solo de modo esporádico y ocasional, sino también de modo constante, como forma de la vida cristiana. La misma Jornada Mundial de las Misiones no es un momento aislado en el curso del año, sino que es una valiosa ocasión para detenerse a reflexionar si respondemos a la vocación misionera y cómo lo hacemos; una respuesta esencial para la vida de la Iglesia.

Evangelización global

La evangelización es un proceso complejo y comprende varios elementos. Entre estos, la animación misionera ha prestado siempre una atención particular a la solidaridad. Este es también uno de los objetivos de la Jornada Mundial de las Misiones, que a través de las Obras Misionales Pontificias solicita ayuda para el desarrollo de las tareas de evangelización en los territorios de misión. Se trata de sostener instituciones necesarias para establecer y consolidar a la Iglesia mediante los catequistas, los seminarios, los sacerdotes; y también de contribuir a la mejora de las condiciones de vida de las personas en los países donde por más que se enfrentamos a problemas como pobreza, malnutrición, explotación infantil, enfermedades